

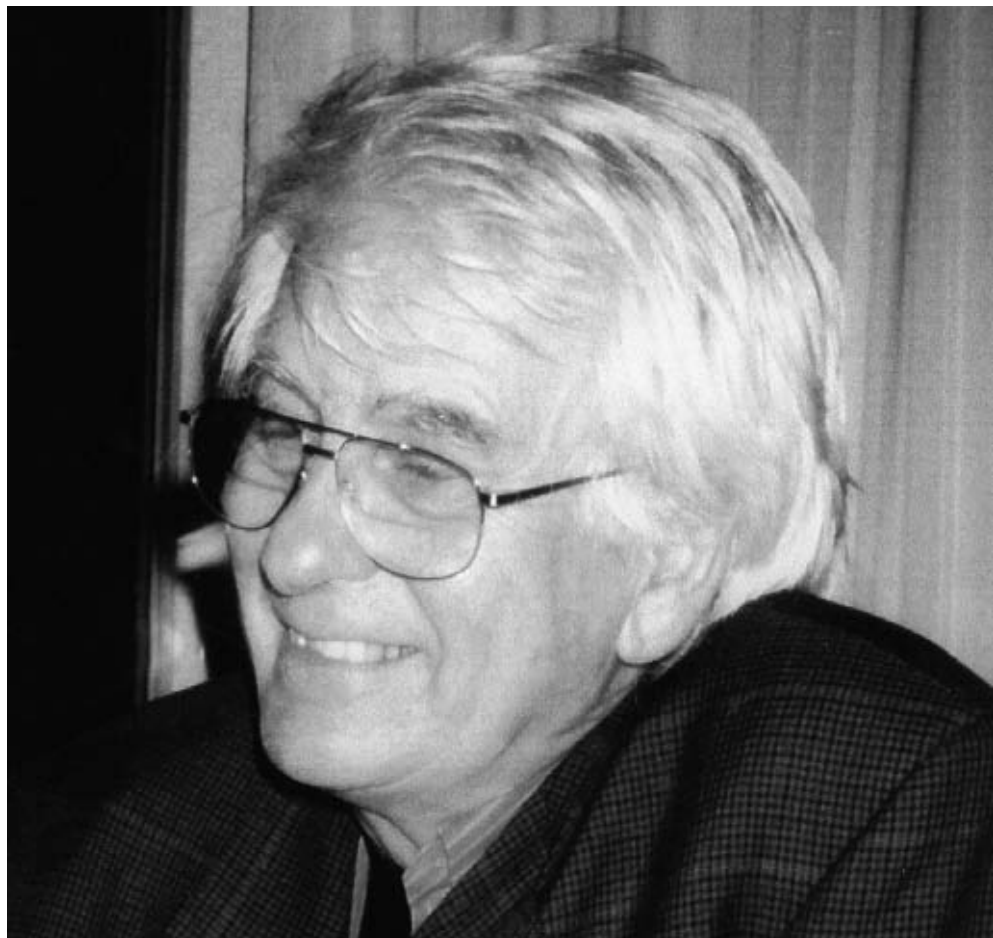
David Gribble

El deseo de aprender es natural y al forzarlo corremos el riesgo de matarlo

Javier Herrero*

Incapaz de encajar en una escuela convencional, en 1959 comenzó a enseñar en Dartington Hall School, más tarde en Sands School y hoy está involucrado en el desarrollo de una Red Internacional de Educación Democrática. Retirado de la docencia, sigue investigando y escribiendo sobre un modelo de escuela que confiere a los niños los mismos derechos que a las personas adultas y libertad para decidir qué y cuándo aprender.

Archivo David Gribble.



Recientemente, ha realizado una investigación sobre educación democrática de ámbito mundial. ¿Cuál es el papel de la educación democrática en un contexto global?

La educación democrática supone que las personas son más importantes que las instituciones. Los políticos y empresarios se comportan como si creyeran que las instituciones son más importantes que las personas. Esta inhumana visión se inculca a través de la educación convencional. Si todas las escuelas funcionaran democráticamente (en el particular sentido en el que uso esta palabra), el mundo pronto sería un lugar más sensato y pacífico.

¿Cuál es ese “particular sentido” en el que utiliza la palabra “democrático”?

No lo hago en su sentido habitual. Yakov Hetch dijo una vez que las personas convencionales encontrarían fácil rechazar la libertad en las escuelas, pero que no sería tan fácil que rechazaran la democracia, y ésa me parece una buena razón para utilizar ese término. En mi léxico particular la expresión “educación democrática” significa una educación en la que los aprendices y los maestros gozan de idénticos derechos. Esto puede conducir hacia un sistema complejo, con comités elegibles y un poderoso parlamento escolar o, preferiblemente, en mi opinión, ha-

cia una comunidad anarquista, pacífica, donde haya orden sin poder.

Trabajó en Dartington Hall School durante casi 30 años. ¿Qué fue lo más relevante de esa experiencia?

La manera más sencilla de explicarlo es la que utilizan muchas personas que entran en un entorno educativo democrático por primera vez: sentí que llegaba a casa. Antes de Dartington sentía que actuaba como una pieza o, mejor dicho, intentaba actuar como un engranaje. No encajaba con facilidad en el entorno. En Dartington, encontré un mundo donde era aceptado por mí mismo. Eso es lo que uno espera que sientan los nuevos alumnos. Pero por alguna razón, resulta sorprendente cuando son los nuevos profesores los que experimentan esa sensación de escape. Y no es sólo que Dartington me permitiera ser yo mismo, sino que también me ayudó a encontrar nuevas formas de pensar que se ajustaban mejor que las teorías con las que fui educado. Era un mundo donde las personas importaban más que las instituciones; donde la obediencia no era una virtud; donde los valores importaban más que las apariencias; donde el afecto era más importante que la autoridad; donde cualquier respeto, más allá del que todos nos debemos mutuamente, debe ganarse, no es una consecuencia automática del status.

Cuando Dartington cerró, un grupo de padres, profesores y niños fundó, dice usted, “un experimento más radical”, Sands School, en el que usted participó. ¿Cuál es la filosofía educativa de este centro?

La filosofía educativa de Sands reside en la sabiduría compartida de los alumnos y profesores, y cambia cada año. Comenzamos con sólo dos reglas y el principio de que el sentido común debe ocupar el lugar de las reglas, pero en la actualidad las reglas ocupan más de dos o tres páginas. De vez en cuando, la asamblea escolar coquetea con la idea de imponer penalizaciones, pero, generalmente, el castigo suele evitarse. Normalmente, los profesores llevan sus clases de acuerdo con su propio criterio. Comenzamos con un currículo completo y obligatorio que fue demandado por la asamblea escolar en contra del consejo de la mayoría de los profesores. Sólo hace algunos años el programa comenzó a ser voluntario. Sin em-

bargo, ha habido algunos elementos constantes.

¿Cuáles?

Uno ha sido la predisposición para el cambio; otro, la creencia de que los pro-

Hay un respeto mutuo genuino entre adultos y niños: trabajan juntos como iguales

fesores deben enseñar y, por supuesto, ayudar a los alumnos a preparar los exámenes nacionales; un tercero ha sido la autoridad de la asamblea escolar, donde si una decisión se adopta por votación, todos los presentes, cualquiera que sea su edad, tienen un voto y nadie tiene derecho de veto, y el cuarto es el principio de que absolutamente todos los aspectos de la escuela están bajo la autoridad de la asamblea escolar, aunque un buen número de asuntos son delegados, pero cualquier decisión delegada puede ser cuestionada o, incluso, revocada, por la asamblea escolar.

En su último libro, *Educación Auténtica. Variedades de libertad*, describe dieciocho experiencias educativas que ha visitado usted por todo el mundo. ¿Qué tienen en común?

El punto común más importante es que en todas ellas hay un respeto mutuo genuino entre adultos y niños: trabajan juntos como iguales.

¿Qué significa “educación auténtica” para usted?

Describo la “educación auténtica” en el último capítulo de mi libro. Es la educación que ayuda a los niños a “saber leer y calcular, por supuesto, pero también a ser felices, considerados, honestos, entusiastas, tolerantes, a tener confianza en sí mismos, estar bien informados, saber expresarse, ser prácticos, cooperativos, flexibles, creativos, con personalidad, personas con determinación que conocen sus talentos e intereses y que han

disfrutado desarrollándolos e intentan hacer un buen uso de ellos. Se trata de personas que se preocupan por los otros porque se han querido a sí mismos”. Creo que las escuelas convencionales fracasan en la consecución de estas metas con la mayoría de sus alumnos. Este



Archivo David Gribble.

libro es un informe sobre diversos enfoques con los que parece más probable alcanzarlas.

¿Qué le empujó a escribir este libro?

Hace veinte años, pensaba que las únicas escuelas democráticas del mundo eran Summerhill y Dartington Hall. Cuando ésta cerró, fundamos Sands School y Park School. Después, conocí a Lotte Kreissler, que trabajaba en la Freie Gesamtschule, en Austria; ella me habló del Pesta, en Ecuador, y a través de otra fuente oí hablar de Sudbury Valley, en EE.UU. y de la Escuela Democrática de Hadera, en Israel. Comencé a encontrar más y más escuelas y otras organizaciones que sostenían enfoques similares.

Tuve la profunda impresión de que la mayor parte de las personas que trabajaban allí se veían a sí mismas como innovadores aislados, luchando a solas contra el enorme mundo de la educación estatal. Me pareció importante demostrar que no era así y que todos formaban parte de un movimiento mundial.

Cuando se usan palabras como “respeto” y “confianza” todo el mundo está de acuerdo con ellas. ¿Cuál es su punto de vista sobre estos conceptos en las relaciones entre el adulto y el niño?

Todo el mundo debe sentirse capaz de expresar su opinión y saber que será escuchado con el debido respeto



Archivo David Gribble.

No son palabras muy útiles porque diferentes personas las interpretan de manera distinta. Puede ser útil describir “respeto” como “cortesía”; los adultos deben ser tan corteses con los niños como esperan que éstos lo sean con ellos. Sin embargo, el respeto va más allá; esa cortesía debe provenir del corazón, es de escasa utilidad, si sólo es una rutina. Y este tipo de cortesía no conlleva llamar a una persona “señor” ni ponerse de pie cuando entra; significa tratarla de forma amistosa, comprensiva e informal de modo que se sienta a gusto. Si un adulto sabe mucho menos que yo sobre algo –digamos, una lengua extranjera– no presupongo por eso que gozo de un mayor status, y no hago nada que pueda humillarlo. Debemos actuar de la misma manera con los niños. La confianza, tal como yo utilizo el término, significa estar seguro de que las personas hacen todo lo que pueden para que sus vidas funcionen lo mejor posible, y que cuando fracasan es porque no han entendido algo, no por malicia o crueldad. Los niños necesitan creer esto respecto de los adultos, tanto como los adultos necesitan creerlo de los niños.

¿Esto es lo que puede llamarse la enseñanza básica, es decir, lo esencial para los futuros ciudadanos de una sociedad democrática?

Puede decirlo así, pero yo preferiría definirlo como ayudar a los niños a desarrollar sus propias potencialidades, sus actitudes hacia la vida, sus propias metas. El hecho de que permitir que los niños se desarrollen de manera natural implique su evolución como adultos socialmente responsables es sólo una afortunada coincidencia, pero no es el motivo básico por el que debemos tratarlos de manera sensata. La razón esencial para hacerlo es que los niños son seres humanos como nosotros y tratarlos de otra manera es un abuso.

¿Significa esto que la escuela debe ser un lugar en el que todos –mayores y menores– deben tener oportunidades de aprender de los demás?

Sí, exactamente. Pero no sólo deben tener estas oportunidades, sino que deben utilizarlas con entusiasmo.

¿Quiere decir que los niños deben tener una voz decisiva en la construcción de su propia educación?

Sí, pero esta idea no tiene los resultados que los adultos cínicos esperan. Cuando Sands comenzó, los niños insistieron en disponer de un horario completo y obligatorio. Los niños que llegan a los educadores que trabajan en

la calle de Butterflies, en Delhi, tienen que renunciar a su tiempo remunerado para aprender, y pueden ser golpeados por negarse a hacer su trabajo, pero aun así acuden para aprender a leer y escribir y a comprender los números. Muchos de ellos incluso toman parte en obras de teatro, realizan investigaciones sobre la vida en las calles y organizan marchas de protesta y manifestaciones en apoyo de sus derechos. El deseo de aprender es natural; al intentar forzar a los niños a aprender cosas que no les interesan corremos el riesgo de matar ese deseo.

¿Una asamblea escolar, en la que mayores y menores hacen oír su voz por igual es un instrumento adecuado para democratizar las escuelas?

No todo el mundo está de acuerdo con eso. Hay personas que insisten en que no debe alcanzarse ninguna decisión sin un acuerdo universal y que votar significa desautorizar a la minoría. Personalmente creo que votar es preferible a un debate interminable. Lo que importa es que todo el mundo se sienta capaz de expresar su opinión y sepa que será escuchado con el debido respeto, aunque sus ideas puedan no ser aceptadas por la asamblea. Los adultos se inclinan a pensar que tienen derecho a expresar sus opiniones y tienen

la necesidad de que otros las acepten; los niños son, por lo general, más razonables.

Usted ha dicho “hay que ayudar a los niños a desarrollar sus propias metas”. ¿Las personas adultas debemos confiar en que los niños busquen lo que quieren aprender en vez de imponérselo?

Sí. Pero diferentes escuelas interpretan esto de manera diferente. En el Pesta insisten en que los adultos no deben enseñar, explicar, guiar, motivar, persuadir, anticipar o apuntar; todo lo que deben hacer es proporcionar un ambiente apropiado. En la Escuela Democrática de Hadera, los profesores proporcionan un rico programa de lecciones y actividades a partir de las cuales los niños construyen su propio currículo. En Summerhill y Sands casi todos los niños quieren prepararse para los exámenes nacionales y por eso eligen acudir a clases de materias escolares. Los educadores de la calle de Butterflies, en Delhi, enseñan lectura, escritura y aritmética a niños desesperados por aprender. En ninguno de estos lugares los profesores fuerzan a los niños a estudiar nada, los niños toman sus propias y sensatas decisiones.

Usted ha definido a los niños como “seres humanos”. ¿De qué manera cree que la educación convencional se relaciona con los derechos humanos o con los derechos de los niños?

No me gusta mucho la forma en que Naciones Unidas separa los derechos de los niños de los derechos humanos; parece sugerir que los niños no son humanos. La mayoría de los derechos de la Convención de los Derechos de los Niños son derechos humanos básicos. La educación convencional me parece una violación del derecho básico a la libertad. ¿Podemos los adultos considerar un “derecho” ser forzado a pasar diez años o más callado durante todo el día en un edificio donde a uno se le obliga a escuchar interminablemente algo que no le interesa, a ejecutar destrezas que no tienen sentido, a someterse a una frecuente valoración de habilidades que no se desean adquirir y a ser interrumpido repetidamente en las actividades con las que verdaderamente se disfruta? Tal como el grupo alemán de derechos de los niños, Krätza, dice, la educación libre debe ser un derecho y no una obligación. Hoy día es al contrario.

Habla de considerar a los niños como iguales a los adultos. ¿Qué quiere decir?

Considerarlos iguales no significa que sean lo mismo, sino que deben escucharse mutuamente con el debido respeto y confianza. La mayoría de los niños saben hacer esto, pero los adultos lo encuentran difícil. Cuando se les concede libertad, los niños son, por lo general, más empáticos que los adultos, más independientes de la opinión exterior, más rápidos aprendiendo, con mayor disposición a cambiar su punto de vista, más abiertos y amistosos.

Enseñar no es como un trabajo de oficina, donde puedes desconectar de vez en cuando; tu tiempo no es tuyo

¿Cuál es su experiencia como profesor en una atmósfera de igualdad entre adultos y niños?

Si los niños vienen a mí porque quieren aprender lo que soy capaz de enseñarles, no necesito dedicar tiempo ni energía a tratar de ejercer la autoridad sobre ellos. En los tres o cuatro años que trabajé en escuelas convencionales encontré difícil enseñar, precisamente porque los niños no habían elegido estudiar lo que se les imponía y, por tanto, tendían a rebelarse. Yo no estaba dotado para relacionarme con la rebelión. En Dartington Hall School y, más tarde, en Sands School pude enseñar a mis alumnos sin tener que dominarlos.

¿Tiene algo que ver tener que ejercer la autoridad en la escuela convencional con el hecho de que el “síndrome de estar quemado” sea una enfermedad profesional que afecta a los profesores?



Archivo David Gribble.

Sólo para algunos. Hay personas que pueden ejercer la autoridad con facilidad y eficacia, sin crueldad ni agresividad, y con frecuencia tienen éxito en circunstancias en las que yo no podría hacer nada. Les admiro por ello. Creo que muchos profesores, sin embargo, sufren pesadillas recurrentes relacionadas con la pérdida del control de sus clases y padecen un estrés agudo a consecuencia de ello. Incluso en escuelas democráticas los adultos están bajo una gran presión porque los niños probablemente reclaman su atención durante cada minuto del día. Enseñar no es como un trabajo de oficina, donde puedes desconectar de vez en cuando; tu tiempo no es tuyo.

¿Qué ha aprendido sobre lo académico en su larga trayectoria profesional en una atmósfera en la que los estudiantes pueden elegir qué y cuándo aprender?

En Gran Bretaña hay dos exámenes importantes: el GSCE, que se hace a los dieciséis años, y el nivel-A, que se hace a los dieciocho. En las escuelas convencionales se espera que los niños en el GSCE se examinen de diez o doce asig-

Lo que sí parece factible es hacer la vida de la escuela tan agradable que los niños deseen estar allí



Archivo David Gribble.

naturas, muchas de las cuales no les serán de ninguna utilidad en el futuro. En Sands, pocos alumnos se examinan de más de siete u ocho materias y eligen las que más les interesan. Esto no les limita para acceder a centros de educación superior. Sands sólo admite niños hasta los dieciséis años; en Dartington Hall School había estudiantes hasta de dieciocho. Generalizando mucho diría que los resultados de los exámenes a los dieciséis eran peores de lo que uno podría esperar a partir de su habilidad general; los resultados a los dieciocho eran mejores. Me gusta pensar que esto se debía a que a los dieciocho años estaban mejor preparados para apreciar las materias que estaban estudiando y veían con más claridad las ventajas que les reportaría el éxito académico. Si iban a la universidad, casi siempre se sentían decepcionados por la inmadurez y falta de motivación de sus compañeros.

¿Qué debe cambiar en la educación convencional para que se genere un sistema educativo más “auténtico”?

La mayoría de la gente no cree que esta clase de educación sea posible, pero yo he visto que lo es incluso en las más adversas circunstancias. Hay, por ejemplo, una *junior school*, para alumnado de ocho a once años, llamada Higfield, en Plymouth, que tenía hace pocos años grandes problemas de comportamien-

to, niveles de lectura y escritura y relaciones con los padres. Se nombró a una nueva directora, Lorna Farrington, que durante su primera semana fue víctima de sendos ataques físicos por parte de dos padres diferentes. La situación era tan difícil que se le permitió realizar todos los cambios que considerara oportunos. Cuando visité la escuela, dos años después, había padres ayudando en la biblioteca y en el entorno de la escuela, y la atmósfera resultaba inusualmente amistosa y resuelta. Lorna Farrington se había dado cuenta de que los problemas preocupaban tanto a los niños como a los adultos, de modo que una de sus primeras acciones fue consultar a los niños sobre cómo reconducir la situación. Éstos decidieron, entre otras cosas, que en cada clase ellos pondrían sus propias reglas. Cuando había problemas que querían conversar con los padres, eran los niños quienes los convocaban, no los profesores. Dentro de sus clases tenían el “momento del círculo”, una versión particular de la idea de asamblea escolar. Muchas personas encuentran difícil creer que la libertad y el respeto pueden combinarse con un aprendizaje efectivo. Les resulta difícil creerlo incluso cuando ven que sucede.

¿Cómo es posible una educación democrática, si la escolarización es obligatoria?

No creo que sea posible, pero lo que sí parece factible es hacer la vida de la escuela tan agradable que los niños deseen estar allí. A muchos niños les gusta ir a la escuela incluso cuando ésta está lejos de ser democrática. Debería ser posible que la escuela fuera voluntaria y así tener mejores índices de asistencia escolar. Una manera de conseguirlo sería consultar a los niños sobre los cambios que les gustaría llevar a cabo, y que pronto conducirían hacia una mutua confianza entre los profesores y los alumnos.

Usted está coordinando la página web <http://www.idenetwork.org>. ¿Qué es? ¿Para qué sirve?

En el IDEC (Congreso Internacional de Educación Democrática, en sus siglas en inglés) de Tokio, en 2000, se nos pidió a mi mujer y a mí que organizáramos una base de datos de personas y organizaciones que compartieran nuestros ideales. Esta base de datos es el corazón de la red. Todo lo que hacemos es enviar periódicamente nuestro boletín, informando, principalmente, sobre futuros IDEC, y algunas veces invitamos a otras organizaciones o escuelas a que nos faciliten la información que necesitamos incluir en la base de datos. El sitio de IDENET es gestionado desde Tailandia por Pibop Udomittipong.

¿Qué es IDEC?

Estos congresos se han organizado cada año desde 1993, fecha en que un pequeño grupo de personas se reunió en la Escuela Democrática de Hadera, en Israel, y sintió que el encuentro había resultado tan estimulante que acordó reunirse anualmente. Ha habido IDEC en Israel, Inglaterra, Austria, Ucrania, Japón, Nueva Zelanda y EE.UU.; el IDEC en 2004 se realizará en la India. Su duración oscila entre dos y diez días y suelen acudir tanto niños como adultos. La estructura del congreso la deciden los anfitriones, que suelen ser representantes de una escuela. Algunas veces hay conferencias y talleres preorganizados en torno a una idea fundamental; en otras, todo el programa lo deciden los propios participantes después de su llegada, y en ocasiones hay una mezcla de ambas cosas. El IDEC más concurrido, con diferencia, se celebró en Japón en el año 2000: acudieron más de 1.000 personas.

¿Cuál es la situación legal de estas escuelas democráticas en el mundo?

La mayoría tienen que funcionar sin apoyo gubernamental y, por tanto, son financiadas por los padres, o en algunos casos, –como Butterflies, en Delhi, que acoge a niños huérfanos, víctimas de abusos o abandonados–, la financiación proviene de la caridad. La hostilidad gubernamental no se reduce sólo a la falta de apoyo financiero. En Inglaterra, los inspectores escolares hicieron un gran esfuerzo para cerrar Summerhill hace pocos años y la escuela sólo pudo salvarse mediante una costosa apelación a un tribunal especial. Booroobin, en Australia, está bajo amenaza; Aventurijn, en Holanda, sobrevivió el año pasado por poco; Windsor House, en Canadá, está esperando una decisión oficial; en Taiwán, las autoridades están cerrando gradualmente la Escuela Autónoma de Taipei al impedirle reclutar nuevos estudiantes.

¿Es así en todos los países?

No, el gobierno israelí, bajo el mandato de Rabin, estableció un Centro para la Educación Democrática, dirigido por Yakov Hetch, el anterior director de la Escuela Democrática de Hadera, para supervisar la democratización de todas las escuelas en Israel. Y en Dinamarca, el gobierno subvenciona cualquier escuela independiente, adecua-

damente establecida, de la misma manera que financia las escuelas públicas. A medida que aumente el número de escuelas basadas en el respeto y la confianza y se demuestre su éxito, lo lógico será que los gobiernos nacionales las apoyen; desgraciadamente, los gobiernos nacionales raras veces se comportan de forma lógica. Sólo podemos tener esperanza.

* **Javier Herrero** es pedagogo y cofundador del proyecto educativo Ojo de Agua.
Correo-e: autodidacto@wanadoo.es

Perfil biográfico

Nacido en 1932, David Gribble se educó en Eton y Cambridge. Después de tres años como profesor en una escuela británica altamente convencional, Gribble se desencantó y optó por Dartington Hall School, la escuela progresista más famosa después de Summerhill. Como miembro de la Banda de Jazz, en Dartington, tocaba el piano y aprendió a tocar el bajo y el saxo tenor. Enseñó francés al alumnado de entre cinco y diez y más tarde asumió la responsabilidad de tutor de un grupo de estudiantes de diez años. Ha sido productor, letrista y compositor de musicales para la escuela, que se han representado durante mucho tiempo. Los crucigramas son su pasatiempo, y sus creaciones a veces son aceptadas en el diario *The Times*. Su primera mujer –una antigua alumna de Dartington Hall School– murió cuando tenía tan sólo 24 años. Tuvieron tres hijos. Después se casó con Lynette, una profesora de la misma escuela, con la que tuvo su cuarto hijo. Los cuatro se educaron en Dartington.

En 1987, la escuela cerró y David Gribble formó parte del grupo de tres adultos y catorce niños que inmediatamente fundaron Sands School para continuar la misma línea educativa. Sands todavía funciona y ahora tiene unos 70 alumnos, pero David Gribble se jubiló de la enseñanza en 1992, cuando cumplió 60 años. Desde entonces ha estado viajando por el mundo y escribiendo libros. Ha participado en los Congresos Internacionales de Educación Democrática (IDEC) desde sus inicios (Israel, 1993). Desde que se retiró ha sido invitado a ofrecer conferencias en distintos países, ha publicado artículos en diferentes periódicos y revistas especializadas y su última contribución es un capítulo sobre Francisco Ferrer para un libro sobre el anarquismo hoy, que será publicado en breve por la Editorial de la Universidad de Manchester.

Algunos títulos

A Really Good School. Ipswich: Seven-Ply Yarns, 2001.

Auf der Seite der Kinder, Welche Reform braucht die Schule, Weinheim and Basel, Beltz Verlag, 1991.

Considering Children, A parents' guide to progressive education. London: Dorling Kindersley, 1985.

Lifelines. Bristol: Libertarian Education, 2004.

Real Education. Varieties of freedom. Bristol: Libertarian Education, 1998.

Schule im Aufbruch. Freiamt: Mit Kindern wachsen Verlag, 2000.